

La luz de la Reina

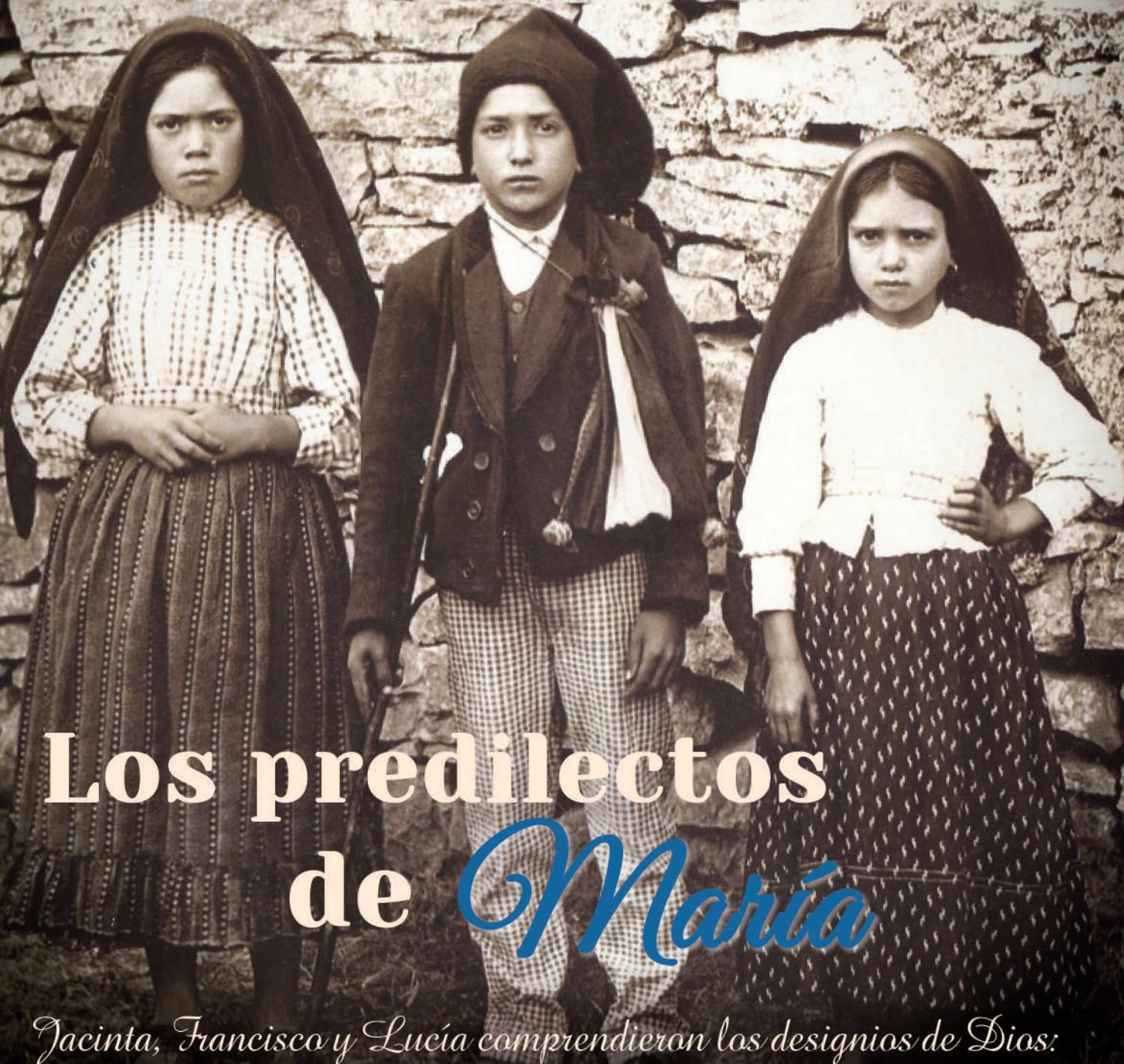
Lumen

Reinado
de María



Reginae

N.34-FEBREIRO, 2023



Los predilectos de *María*

Jacinta, Francisco y Lucía comprendieron los designios de Dios: manifestar a los hombres la mediación maternal de María, a través de su Inmaculado Corazón. Los tres pastorcitos amaron intensamente a los Sagrados Corazones de Jesús y María...



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 34
Febrero 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la S. Escritura: La zarza ardiendo



07

ALMA MARIANA

Luz para los gentiles y gloria para Israel



08

VICTORIAS DE MARÍA

¿La locura o la fe de una madre?



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Venerable Teresita González-Quevedo



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la perfección de la vida cristiana



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (II): Su obediencia



16

REINADO DE CRISTO

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de
la justicia



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

Vendremos a él...



MADRE ARDIENTE

en tu ofrenda

Cuando presentaste a tu Hijo en el Templo, sonrió todo el Cielo y el mismo Dios se maravilló. Por vez primera veía, en unos brazos tendidos hacia Él, una ofrenda material sin reserva, el don total de un corazón. Le ofrecías con todo el arrojito de tu afecto lo que tenías de más querido en el mundo, tu único tesoro, ese Niño, cuyo infinito valor te anunciara el Ángel. Eras feliz de tenerlo en tus brazos, pero lejos de querer retenerlo para Ti, lo abandonabas en las manos divinas con un gozo intenso.

¡Que tu gesto, oh María, se repita en mí! ¡Y que, en adelante, en lugar de querer retener ávidamente para mí lo que Dios me da, me decida a devolverlo todo, sin cobardía, sin restricción alguna!

¡Que le presente yo, sobre todo, aquello que me es más querido, aquello a que vínculo mayor aprecio! Que, con tu ayuda,

encuentre el frescor primaveral de tu ofertorio, la alegría magnífica de tu donación. Y que gracias a tu benevolente mediación por el efecto de tu sonrisa material, el Cielo recoja mi oblación.

¡Que, llevada en tus brazos hasta Dios, mi humilde ofrenda reciba, a semejanza de la tuya, una sorprendente fecundidad!



Tú, cuya presencia es tan agradable al Señor; Tú, que puedes presentarle todo con la certeza de una acogida regia, ofrécele nuestras oraciones y transmítele nuestros deseos.

Madre querida, Tú puedes pedirlo todo y obtenerlo todo para tus hijos; es ésta tu misión, porque Dios ha querido que intercedas sin cesar por nosotros: te ha hecho Mediadora para que todos nuestros ruegos le lleguen a través de tu voz de Madre, y para que todas las gracias descendan a nosotros a través de tus manos maternas.

Tú que fuiste perfecta mensajera de amor en tu vida en la tierra, tráenos la plenitud del amor de Dios: ¡que por tu intercesión quiera Dios llenar nuestros corazones de su caridad ardiente!

Danos, sobre todo, a tu Hijo, que nos ha revelado y ofrecido este amor. Y pues eres Mediadora de todas las gracias, cólmanos de tu Hijo Jesús, que es el mismo Autor de la gracia.

¡Que con Él recibamos toda consolación y toda alegría, la energía en nuestro trabajo y el ardor en hacer el bien, la asistencia en nuestras dificultades y el valor en la prueba, todos los socorros necesarios a nuestra debilidad para servir mejor a Dios!

¡Que en tu bondad de Madre, que nos traerá todos estos beneficios, podamos reconocer la expresión más emocionante de la bondad de Dios, del amor del Padre del Cielo!

La Virgen

EN LA SAGRADA ESCRITURA

La zarza ardiendo

Un día, cuando conducía el rebaño al pasto, Moisés llegó al monte de Dios, el Horeb o Sinaí. En la cumbre del monte vio Moisés una zarza que ardía sin consumirse; y desde ella le habló Dios comunicándole la misión para la cual lo había escogido.

—Moisés, Moisés... -dijo el Señor:

—Heme aquí -respondió Moisés.

—No te acerques aquí. Quítate de los pies las sandalias, porque la tierra que pisas tierra santa es. Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac

y el Dios de Jacob. He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he oído los lamentos que ocasiona la dureza de los que vigilan sus trabajos, y he bajado para librarlo y trasladarlo desde aquel lugar a una tierra buena y espaciosa, donde corre la leche y la miel. Yo te enviaré a Faraón para que haga salir de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.

—Y ¿quién soy yo para hacer eso?

—Yo estaré contigo y cuando hayas hecho salir al pueblo de Egipto, sacrificarás a Dios sobre esta montaña.

—¿Si me preguntan cuál es tu nombre?

—Yo soy el que soy. Así dirás

a los hijos de Israel. El que es, me envía a vosotros.

Y mientras Dios hablaba a Moisés, la zarza ardía sin consumirse. (Éx 3,1-17).

Moisés vive una extraña experiencia de Dios ante una «zarza que ardía en el fuego, pero sin consumirse...». Más que a un fenómeno natural (como pudiera ser la combustión de madera seca a causa de las altas temperaturas del desierto), el fuego representa la cercanía y la trascendencia divinas. La llama, de hecho, se sitúa fuera de nosotros y, al igual que sucede con la luz, no podemos aferrarla ni retenerla con las manos pues nos trasciende; pero a pesar de ello, nos atraviesa con su calor y con su esplendor,

nos permite reconocer, nos envuelve e invade. Su carácter «inextinguible» evoca la eternidad perfecta y la inmutabilidad suprema de Dios.

La epifanía o manifestación de Dios acontece en el marco de un lugar santo.

Moisés en el Horeb ha entrado sin saberlo en un área sagrada y, como ser «profano» que es, ha de cumplir un gesto de admisión y de purificación; en concreto, ha de despojarse de las sandalias como señal de humillación y de querer dejar a un lado las impurezas rituales.

¿Qué relación encontramos entre esta zarza que arde sin consumirse y la Virgen María?

Dios, que baja a salvar a su pueblo cautivo, aparece en una zarza que arde sin consumirse.

Ese mismo Dios, haciéndose hombre, bajará a la tierra para salvar a los hombres del cautiverio del pecado y del demonio.

Y se presentará en el seno y en los brazos de una mujer.

Dios se nos presenta y nos habla en los brazos de su Madre. María es la zarza misteriosa desde la cual nos habla Dios.

A esa zarza que ardía sin consumirse bajó Dios para hacerse hombre y para hablar a los hombres.

La formulación más clara se halla en un texto litúrgico latino que, traducido, proclama: *«Nosotros reconocemos tu virginidad permanente en aquella zarza que Moisés vio cómo ardía pero sin consumirse».*

En numerosas páginas marianas encontramos la zarza como signo de la virginidad y de la maternidad divina de María.

«Tú eres la zarza que Moisés contempló ardiendo en medio de las llamas, pero no se consumía, y que es el Hijo del Señor: Él vino y habitó en tus entrañas y el fuego de su divinidad no consumió tu carne. ¡Intercede por nosotros, oh Santa!».

San Gregorio de Nisa, un ilustre Padre de la Iglesia originario de Capadocia (Turquía) y que vivió en el siglo IV, proclamaba: *«Aquello que en la llama y en la zarza había sido prefigurado fue abiertamente manifestado en el misterio de la Virgen. Al igual que la zarza ardía sin consumirse en el monte, del mismo modo la Virgen dio al mundo la luz, pero no experimentó la corrupción. No te parezca inconveniente*





el símil de la zarza, que prefigura el cuerpo de aquella Virgen que dio a luz al mismo Dios».

Y San Proclo, Obispo de Constantinopla: *«Hemos sido convocados por Santa María, tesoro sin mancilla de la virginidad, paraíso espiritual del segundo Adán, taller de la unidad de las dos naturalezas, pregón de la reconciliación salvadora, cámara nupcial donde el Verbo se ha desposado con la naturaleza humana, zarza viva de la naturaleza que el fuego del alumbramiento no ha consumido, nube verdaderamente clara que ha llevado sobre su cuerpo a Aquel que se asienta sobre los querubines, vellocino purísimo humedecido por el rocío celestial con el que el pastor ha revestido al rebaño».*

En María se revela Dios en plenitud, al igual que en la zarza Dios se había hecho presente a Moisés. San Efrén el sirio, un apasionado trovador de María fallecido en

el año 373, se la imagina «inundada» de luz divina, representando por tanto las entrañas de María, que son fecundadas no por medio de semilla humana sino por el fulgor de la luz de Dios.

La zarza ardiente que no se consumía era la imagen del oro purificado; remitía, sobre todo, a este fuego vivo, aparecido al final de los tiempos, que regó y fecundó el seno de la Virgen en el que fue envuelto, al igual que el fuego cubrió la zarza.

Sirviéndose de un original contraste entre fuego y agua, divinidad y humanidad, luz divina y semilla humana, San Efrén hace resplandecer la virginidad de María como sede de la manifestación de Dios. El seno de María es como la zarza sobre la cual Yahvé se hace presente y se muestra susceptible de ser experimentado por Moisés.

Acercarse a Ella es como abrirse paso hacia un lugar santo y alcanzar el cielo. Como dirá San Ambrosio, *«María no es el Dios del templo, sino el templo de Dios».* Nosotros, por consiguiente, hemos de acercarnos a Ella —como hizo Moisés— con los pies descalzos, ya que es el mismo Dios quien se revela en su seno y lo hace del modo más cercano y transparente: asumiendo la carne del hombre.

¡Qué grande es el amor de Dios a María! Se complace en hablar incesantemente de Ella en profecías... símbolos... y figuras. Parece que es el pensamiento dominante... la obsesión de Dios... tanto que mes tras

mes iremos recorriendo sucesivamente muchos pasajes del Antiguo Testamento en que veremos el rostro de María.

Y nosotros... ¿estamos así de enamorados y encantados de Ella? ¿Es Ella el pensamiento central de nuestra vida? ¿Pensamos en Ella... hablamos de Ella?... ¿La vemos en todas partes?... ¿Nos unimos a Ella?... ¿Vivimos en Ella y de Ella?... ¿Sabemos hacer algo sin Ella?

En esto se debe “notar” nuestra consagración a María. Amar con locura a nuestra Madre querida. Pero no para quedarnos en Ella. Ella enseña nos referirá a Dios.

La Virgen quiere de nosotros amor; pero un amor verdadero, un amor que no se reduzca a vibraciones nerviosas. Un amor que se manifieste en obras del servicio divino. Un amor que sea cumplimiento de la voluntad divina hasta en las cosas más pequeñas. Un amor impregnado de sacrificio.

El sacrificio que requiere el cumplimiento de la voluntad divina. Un amor constante: que no conozca épocas del año: invierno y verano; que no distinga horas del día: mañana y noche, que no escoja etapas de la vida: juventud y ancianidad. Un amor que crezca y crezca sin desfallecimiento hasta la hora de la muerte, y más allá todavía, hasta la eternidad en que veamos a Dios cara a cara, para cumplir el precepto divino perfectamente: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.

Luz para los gentiles y gloria para Israel

San Lucas, en su capítulo segundo, nos relata la Circuncisión y Presentación de Jesús en el Templo. La Presentación de Jesús en el Templo era una prescripción de la Ley de Moisés. Así se comprende mejor por qué los judíos, y en este caso María y José suben al Templo a presentar al Niño. También prescribía la ley de Moisés la purificación de la mujer que había dado a luz.

Es impresionante el ejemplo de María y de Jesús, cómo obedecen la Ley, cómo se someten como si estuviesen manchados, cuando eran el nuevo Adán y la nueva Eva del Reino de los cielos que daba comienzo aquí en la tierra. Esto es todo un ejemplo para nosotros de cómo debemos comportarnos, a pesar de todos los sacrificios personales que exija la santa Ley de Dios.

En palabras de nuestro P. Molina:

«Lo específico de la vida de Santa María, como la de Jesús: trabajar en la identificación de su voluntad con la del Padre. Así debe ser también la nuestra.»

Santa María era fiel y exacta cumplidora de las prescripciones legales: circuncisión del Niño a los ocho días, purificación de la madre, presentación

del primogénito, la oblación de los pobres para rescatarlo, viaje a Jerusalén para la Pascua....

María vivió y aceptó la vida de sumisión, muy dura de la mujer judía palestina, a los padres antes de casarse y al marido después de casada. La mujer del tiempo de María sufría hirientes discriminaciones de toda clase en lo social y religioso: María se sometió a ellas.

En la Palestina del tiempo de María, el marido tenía dominio sobre la mujer semejante al de un dueño con su esclavo. La mujer debía obedecer al marido como los hijos al padre.

María vivió en un pueblo dominado por los romanos. María obedeció en todo a las leyes del imperio Romano.

María en y a través de todas

esas circunstancias, a las veces duras y discriminantes, supo descubrir la voluntad de Dios. María obedecía a hombres y a leyes humanas, pero sabía que, en y a través de esos hombres y circunstancias, al que obedecía era al Padre.

Había obediencias duras y oscuras, pero María, la pobre en propia voluntad, obedecía siempre porque no se apoyaba en la calidad de lo mandado sino en el que siempre estaba detrás de lo mandado: el Dios Roca, el Dios fiel, el Dios digno de todo crédito.

Actitud fundamental de María: disponibilidad a la voluntad del Padre. María es un SÍ claro y decidido a la voluntad de Dios, no momentáneo, perseverante; no superficial, profundo, a prueba de riesgos».



¿LA LOCURA O LA FE DE UNA MADRE?



El 11 de febrero celebramos a la Virgen, nuestra Madre, bajo la advocación de Nuestra Señora de Lourdes. Recordamos también la Jornada Mundial del Enfermo, efeméride que estableció San Juan Pablo II precisamente ese día, aludiendo a las infinitas gracias de curación que una multitud de hombres y mujeres enfermos, impedidos o desesperados se dirigen cada año a aquel lugar de peregrinación del suroeste de Francia con la esperanza de su curación. Actualmente, se cifra, aproximadamente, en seis millones el número de peregrinos que acuden a Lourdes.

«Lourdes es la inmensa Casa de Dios, el Hospital de Dios que la Santísima Virgen María ha querido abrir a todos los sufrimientos y a todas las miserias».

El milagro es una irrupción de lo sobrenatural. Los Evangelios relatan los numerosos milagros de Jesús, que acreditaban su

divinidad. Tradicionalmente, la Iglesia considera necesarios los milagros para el culto de los santos y reconoce algunos en los lugares de aparición mariana, especialmente en Lourdes, donde son los más numerosos y los más estudiados.

El agua es el gran símbolo de Lourdes. La petición de la

Inmaculada a Bernardita: «*Id a beber al manantial y lavaos en él*» nos remite a la presencia de nuestro Señor Jesucristo, que nos purifica de todo pecado y nos vivifica para la vida eterna. ¡No es el agua la que hace los milagros por sí misma! El agua vivifica cuando se la utiliza con confianza, creyendo en el poder de vida del espíritu de Dios.

Lo mismo que el manantial, que nunca se ha agotado, ¡las curaciones no se interrumpirán jamás! ¿Cuántas ha habido en estos ciento cincuenta años? ¡Nadie lo sabe! ¿Cuántos exvotos colocados en los muros de las basílicas, la mayoría en agradecimiento por curaciones físicas y morales? ¡Cada uno de ellos indica una historia conocida únicamente por quienes la han vivido!

En esta ocasión vamos a evocar la curación de un niño, declarada por su madre, Croisine Duconte, ante la comisión canónica y bajo juramento (Tarbes 1862).

En una humilde vivienda de la plaza Marcada de Lourdes, agonizaba un bebé, Justin Bouhort. Había nacido el 28 de julio de 1856 y «después de su nacimiento había estado enfermo casi siempre». El 6 de julio de 1858 era tan grave su estado, que los padres esperaban su último suspiro junto a la cuna. Una vecina caritativa está preparando ya la mortaja.

«¡Ha muerto!», dice el padre palpando los miembros rígidos e inertes del pobre niño.

«¡No ha muerto, y la Señora de la gruta me lo va a curar!», grita la madre, que toma el niño, lo envuelve en su delantal y corre a Mas-sabielle. Allí, se arrodilla y reza con toda su alma. Luego, abriéndose paso entre la multitud llega al estanque excavado bajo el manantial, toma al niño y lo sumerge en el agua helada.

«¡Esta mujer está loca, va a matar a su hijo!», gritan todos, mientras tratan de impedirlo. Pero ella permanece inmóvil, manteniendo al niño sumergido en el agua.

El pequeño Justin está completamente lívido, ya no se mueve y no da señales de vida. «El niño ha muerto», dicen. «Dejémosla ... es una pobre madre trastornada por el dolor». Durante un instante, que parece muy largo, la supuesta loca mantiene a su hijo «en aquella agua helada que lo habría matado en menos de cinco minutos, incluso si hubiera estado lleno de salud»... Por fin, saca a su bebé y vuelve a casa con él en los brazos. Aún respira débilmente. Y mientras su entorno teme lo peor, excepto Croisine, que está más segura que nunca de que «la Virgen lo curará», el niño duerme plácidamente. A lo largo de los días siguientes, ¡Justin recupera las fuerzas y empie-

za a caminar! Todo sigue su curso. Crecerá sin problemas. Y vivirá muchos años: en efecto, asistirá a la canonización de Bernadette en Roma, el 8 de diciembre de 1933, y no morirá hasta dos años después, en 1935.

¿Gracias a la locura o a la fe de su madre?



VENERABLE TERESITA
GONZÁLEZ QUEVEDO

TESTIGOS DE LA
INMACULADA

La Enamorada

DE LA VIRGEN

«**Y**o quiero ser santa, confío en la Virgen y estoy segura que Ella me ayudará».

Así hablaba la que hoy la Iglesia aclama como «Venerable» y que va camino a los altares. Teresita González, “la enamorada de la Virgen”, como se la conoce.

Teresita nació en Madrid el 14 de abril de 1930. Todos cuantos la conocían enseguida descubrían en ella el matiz de una gran piedad mariana. Cuando contaba 14 años se hizo Congregante de la Santísima Virgen. Fue cuando escogió el lema de su vida que se ha hecho famoso: «**MADRE MÍA, QUE QUIEN ME MIRE TE VEA**».

¡Hasta ese punto quiso siempre parecerse a la Virgen! Este lema lo mantuvo durante toda su vida, y jamás lo traicionó. Desde entonces sus defectos de niña desaparecieron y comenzó a destacar por su equilibrio moral, su alegría, su pureza... Toda su vida es una prueba palpable del poder santificador de la Santísima Virgen en un alma que se le entrega por completo. Teresita lo esperaba todo de María. Estaba segura que por medio de Ella recibiría todo lo que necesitaba, especialmente aquellas gracias necesarias para su santificación y su salvación. Y su confianza nunca quedó defraudada.

A los 17 años ingresó en la Congregación de las Carmelitas de la Caridad. Ya en el noviciado su obsesión por Santa María fue en aumento. *«Yo creo que más no la puedo querer... Con Ella lo tengo todo, la siento al alcance de la mano... ¡la quiero tanto, haría cualquier cosa por Ella!...»*.

Dios le concedió penetrar muy hondo en el Corazón de la Virgen María y ver y sentir allí el amor que su Corazón Inmaculado le tenía a ella y a todos los hombres. Descubrió el misterio profundo de ese amor que podemos llamar «desconocido».

Su mayor deseo fue el ser toda de Jesús y de María, vivir solo para Ellos. A

veces decía que tenía que dejar de pensar en María, pues sentía que su corazón no resistía tanto amor como le tenía. Pero su fervor mariano no se reducía a meras palabras, sino que se traducía en obras cotidianas de generoso sacrificio. Por eso escribía: *«En esta semana me voy a esforzar en el recogimiento... Sé, Madre mía, que me va a hacer desanimarme porque no saldré con ello..., pero si Tú quieres y no me dejas de la mano, lo conseguiré... Te amo tanto, Madrecita, que para demostrarte de lo que tu hija es capaz me voy a esforzar todo lo que esté de mi parte»*.

Este amor a María la acercaba cada vez más a Dios. En sus apuntes personales tenía escrito: *«Nunca veas a Jesús sin ver al lado a la Virgen. No busques a Jesús sino en la Virgen. No invoques a Jesús sino con la Virgen»*. Por eso, siempre acudía a Ella para que le enseñara a amar mejor a su Divino Hijo: *«Cuando voy a comulgar, le digo a la Santísima Virgen que me dé a Jesús, que yo sola no me atrevo a recibirle y, estoy segura, Ella lo pone en mi corazón»*.

También su proceso de santificación lo había confiado a su Madre:

«Yo procuro trabajar y después le digo a la Virgen: “Madre mía, suple tú todas mis faltas”, y ya me quedo

tranquila, pues Ella lo hace mejor que yo».

Siendo aún novicia le diagnosticaron una meningitis tuberculosa, irreversible y mortal. La noticia de su próxima muerte la llenó de alegría. En las crisis tremendas de dolor, decía: *«Vamos a rezar un Acordaos... no, no pidan que se me quite el dolor, sino que sepa sufrirlo. Ofrezco mi vida por los pecadores...»*.

La noche del Sábado Santo, su vida se fue apagando mientras repetía: *«Madre mía, te amo mucho»*. Y, alzando sus brazos exclamó: *«Madre mía, ven a recibirme y llévame contigo al Cielo...»*. Estas fueron sus últimas palabras.

Ella misma lo había profetizado: *«Yo estoy segura de que iré pronto al Cielo... Desde luego este Año Santo me voy al Cielo porque la Virgen me llevará para su día... Tanta fiesta como habrá en el Cielo con el Dogma de la Asunción... Estoy segura que estaré allí»*.



Llamada a la Perfección

DE LA VIDA CRISTIANA

COMO LA VIVIERON LOS PASTORCITOS DE FÁTIMA

En la segunda aparición del 13 de octubre de 1917, los pastorcitos contemplaron a Nuestro Señor Jesucristo como Hombre perfecto, junto a Nuestra Señora de los Dolores, mientras la multitud admiraba el milagro del sol.

La Hermana Lucía nos explica en el libro «Llamadas del Mensaje de Fátima» que esta aparición puede entenderse como un llamamiento a la práctica de la vida cristiana, tal como Jesús y su Santísima Madre la vivieron en la tierra y, con sus ejemplos y doctrina, nos enseñaron a seguir sus pasos.

En primer lugar, vemos que toda la vida de Jesús estuvo orientada a cumplir la Voluntad del Padre: «He bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquél que me ha enviado» (Jn 6, 37). Jesús nos enseña que toda nuestra vida debe también regirse por esa Voluntad de Dios, para lo cual se requiere docilidad, obediencia y fe.

Pero por encima de todas las virtudes, de las que Nuestro Señor es un modelo perfecto, no debemos olvidar lo que llamó “Su Mandamiento”: El amor. El amor a Dios y el amor al prójimo. De modo que la mejor manera de crecer en perfección e imitar a Nuestro Señor es poniéndolo a Él en el centro de nuestro

corazón y vivir la caridad con nuestros hermanos.

Además, contemplamos a Nuestra Señora de los Dolores. Con esta aparición el Señor quiso mostrarnos el valor del sufrimiento y de la inmolación por amor y el camino que todo cristiano debe recorrer en esta vida para alcanzar la eterna.

Esto es lo que vivieron los pastorcitos que vieron a la Virgen en Fátima; por eso son ejemplo de perfección de la vida cristiana.

Es cierto que recibieron enormes gracias de manos de Nuestra Señora, pero no fueron declarados santos por ello sino porque voluntariamente entregaron sus vidas al cumplimiento de las peticiones de la Santísima Madre de Dios. Supieron enfrentar las consecuencias con coraje y valentía, correspondiendo a las gracias que habían recibido.

En la primavera de 1916, la vida de los tres felices y pequeños pastores, de solo nueve, ocho y siete años,

sufrió un cambio importante después de que un ángel se les apareció y les habló: **«Los corazones de Jesús y María están atentos a la voz de vuestras súplicas».**

En otra aparición, en el verano de ese mismo año, el ángel aconsejó: **«Ofreced vuestras oraciones y sacrificios constantemente al Altísimo. Haced de todo un sacrificio y ofrecedlo a Dios como un acto de reparación por los pecados por los cuales Él es ofendido, y en súplica por la conversión de los pecadores. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe».**

Este es un régimen de santidad que solo se les pide a aquellos que están llamados a ser verdaderamente íntimos amigos de Nuestro Señor. Los tres lo cumplieron al pie de la letra con fervor, sin quejarse ni auto compadecerse, con verdadera alegría y amorosa sumisión. Incluso fueron tan lejos como para inventar varias formas de mortificarse a sí mismos. Así, alrededor de un año después, estaban listos para recibir la visita de la Reina del cielo. En el primer encuentro, Ella repitió la invitación del ángel a la oración y el sufrimiento: **«Tendréis mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo».**

La misión reparadora de los tres pequeños está íntimamente ligada al Inmaculado Corazón de María. Cuando Nuestra Señora les mostró el infierno, dijo: **«Habéis visto**

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

el infierno donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlos, Dios desea establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón».

Jacinta, al despedirse de Lucía antes de partir hacia Lisboa donde fallecería, enfatizó: *«Tú debes quedarte aquí para decirles a todos que Dios quiere establecer la devoción al Inmaculado Corazón de María en el mundo. Cuando llegue el momento de que digas esto, no te escondas».* Y agregó: *«Diles a todos que Dios nos concede gracias a través del Inmaculado Corazón de María, que la gente debe acudir a Ella, que el Sagrado Corazón de Jesús quiere que el Inmaculado Corazón sea venerado junto al suyo, que la gente debería pedir la paz al Inmaculado Corazón de María porque Dios lo ha puesto en sus manos. Oh, si pudiera poner en todos corazones el fuego que arde aquí dentro del mío, haciéndome amar el Sagrado Corazón de Jesús y el corazón de María tanto...».*

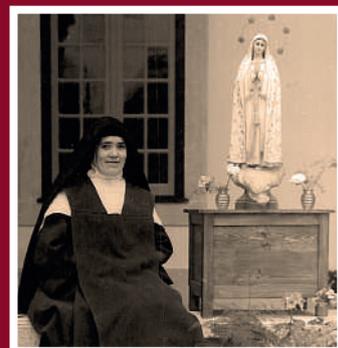
La canonización de los pequeños Francisco y Jacinta es una lección de cómo tenemos que vivir nuestra vida cristiana. Lucía, la gran protagonista de las apariciones de Fátima, tiene también abierta la causa desde el año 2008. Su proceso está muy avanzado.

«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». (Lc 10, 21-22)



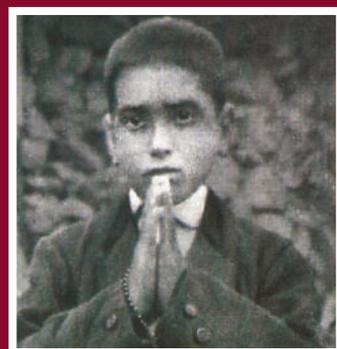
Lucía, la vidente de Fátima (22-03-1907-13-02-2005)

Carmelita Descalza de Coimbra, conocida como Hermana María Lucía de Jesús y del Corazón Inmaculado. El 19 de febrero de 2006, sus restos mortales fueron trasladados a la Basílica de Ntra. Sra. del Rosario de Fátima y colocados al lado del sepulcro de Jacinta. El 14 de febrero de 2008 se inició su causa de beatificación.



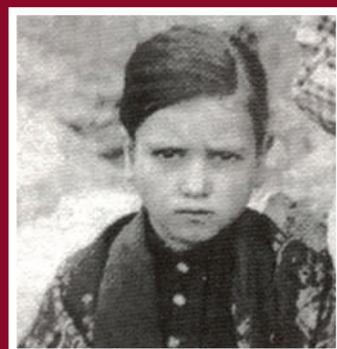
Francisco, el Consolador de Dios (11-06-1908 - 4-04-1919)

Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 13 de mayo de 2000 y canonizado por el papa Francisco el 13 de mayo de 2017. Su cuerpo se venera en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, uno de los edificios que conforman el complejo del Santuario de Fátima. Su conmemoración se celebra el 20 de febrero.



Jacinta, reparadora, víctima generosa (11-06-1908 - 4-04-1919)

Al igual que su hermano Francisco, fue beatificada el 13 de mayo de 2000 y canonizada el 13 de mayo de 2017. Su cuerpo se venera en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima. Su conmemoración se celebra el 20 de febrero.



LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (II)

Su Obediencia

Nuestra consagración a María nos lleva a desear imitarla en todas sus virtudes. La Santísima Virgen María es Espejo acabado de toda virtud. Siguiendo la lista que menciona San Luis M^a Grignion (VD, n^o 108), evocaremos en esta ocasión su **obediencia**.

Qué es la obediencia

Según Santo Tomás, la obediencia es una virtud moral que hace pronta la voluntad para ejecutar los preceptos del superior (104,2 ad 3).

La obediencia repara lo que el primer pecado quebró. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, ofendieron a Dios por su desobediencia. Se repara la rebeldía con la sumisión.

La obediencia no es virtud exclusiva de los conventos, sino que todos estamos obligados a obedecer a unos superiores que nos mandan en nombre de Dios. Excepción: todo mandato que el cumplirlo nos haga cometer un pecado.

Dios todo lo ha puesto bajo la obediencia. Nadie, ni los gobernantes, están exentos de ella. El superior debe obedecer el primero. Nadie sabe

mandar si no sabe antes obedecer: a los que sean superiores a él y, en último caso, a Dios.

Tendremos excelentes **frutos**: seguridad de que acertamos con el querer de Dios, paz, semejanza a Jesús, sacrificio de sí por Dios, pureza de intención, gran valor y mérito de nuestras acciones, fortalecimiento de las virtudes, defensa contra el demonio...

Esta virtud se puede vivir en distintos grados de perfección, desde el más exterior hasta el más interno y perfecto.

El primer grado es la mera ejecución externa, sin dilación, con responsabilidad, de lo que nos ha sido mandado. Pero tiene escaso valor sobrenatu-



ral si no va acompañado de la voluntad interna y, menos, de la sumisión intelectual.

El segundo es la obediencia de voluntad, la sumisión interior de acomodarse a la voluntad del otro. Es indispensable para dar valor y grandeza a la obediencia.

El tercero es la de entendimiento o de juicio, la parte superior de nuestro ser. Se obedece la orden recibida



con prontitud de voluntad y se rinde el juicio para hacer propio el de la autoridad. Si cuesta, se pueden buscar razones a favor de ese mandato, pero la mejor razón es dar un salto a la Fe.

Puede ser que la parte inferior se rebele, sienta repugnancia o temor ante las dificultades. Cristo lo sintió en Getsemaní. Esto es muy humano. El mérito está en prescindir de ese disgusto natural y decir

como Cristo, ¡adelante!, «*no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc 22, 42).

Cuando hay inconvenientes, podemos exponerlos a los superiores, con sencillez y humildad, sin intención de protestar o disentir de lo ordenado, sino para aclarar o consultar. Así vemos que hizo la Virgen cuando pidió la aclaración al ángel para obedecer mejor. Y conocida la solución, no cabe más que una sola palabra: “Fiat”, “hágase”.

Jesús y María son nuestros modelos

Las primeras palabras de Cristo son: «*Dios mío, he venido a hacer tu voluntad... y tu ley está en medio de mi corazón*» (Hb 10, 9-23). Luego, aquellas otras: «*Mi comida y mi bebida es hacer la voluntad del que me envió*» (Jn 4, 34). Así se

comprende con cuánta razón pudo decir luego San Pablo «*su obediencia fue hasta la muerte y muerte de Cruz*» (Flp 2, 8).

Dios quiere que miremos con ojos de fe al que Él nos pone como autoridad en su lugar: «*El que a vosotros oye, a Mí me oye. El que os desobedece y desprecia a mí me desprecia*» (Lc 10, 16).

Imitemos a María. Ella obedeció a sus padres con altísima perfección. Obedeció en el Templo. Obedeció a la Voluntad de Dios al desposarse con San José. Obedeció al César romano, yéndose a empadronar a Belén. Obedeció en la Purificación, como una mujer más, cuando ella no lo necesitaba. Obedeció a amigos y enemigos: a su esposo, a los apóstoles, a San Juan, a los mismos verdugos de Jesús.

Ella no tuvo vicios que combatir, pero su dulce martirio le vino de obedecer la voluntad del Padre Celestial, desde la Encarnación hasta la cruz. El “Fiat” de la Encarnación, entrega gozosa como esclava del Señor, le trajo martirios sin cuento, pero todo lo llevo con heroica generosidad, hasta el pie de la cruz, llegando a ser corredentora, asociada a la obra de su Hijo.

Seamos imitadores de María

Todas las obras de la Señora eran muy sencillas, las de una madre de familia. No será difícil imitarla. ¿Cuál es la diferencia, a la que nos invita? Es vivir una vida sobrenatural y divina a los ojos de Dios, ordinaria a los ojos del mundo. Siempre con la recta intención de obedecer a Dios, y a los hombres por Dios. Y esto, pensando que el que se da se recobra, el que muere resucita, y el que pierde voluntariamente su libertad, en esta obediencia, es libre como María, con la verdadera libertad de los santos. De esta augusta virtud, bien practicada, nos vendrán todas las demás.

CUARTA BIENAVENTURANZA

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la Justicia



¿El Evangelio de Jesús es realizable? ¿No parece una utopía? El Evangelio de Jesús no es un código de leyes, es un espíritu. Un código de leyes deja la sensación de haber hecho lo suficiente, de haber cumplido, al que lo practica. La enseñanza de Jesús nunca deja esa sensación. Es como el que se acerca a un horizonte. Acercarse es abrirse nuevos horizontes. La enseñanza de Jesús no pone metas finales; marca directrices; nunca dice: hasta aquí. Porque la enseñanza de Jesús es la enseñanza del amor y el amor nunca dice basta. La enseñanza de Jesús es un amor más abundante, una perfección más y más plena.



La cuarta Bienaventuranza que nos propone el Maestro es: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos» (Mt 5, 6).

Jesús declara felices a los «hambrientos», alude a una idea viva: «*Bienaventurados los que han sido llamados al convite de las bodas del Cordero*» (Ap 19, 9). Los que pasaron por la «tribulación», y están ya ante el trono de Dios, «no tendrán más hambre ni sed» (Ap 7, 16; cfr. Is 49, 10). Disfrutarán del «agua» de la Vida (Ap 21, 6; 22, 17), que sacia eternamente (Jn 4, 13-14).

¿Hambrientos de qué? De la justicia de Dios

La justicia de Dios es el proyecto salvador de Dios, la fidelidad de Dios a su Alianza, a

su compromiso, a sus promesas. La justicia de Dios es el inmenso e incommensurable deseo de Dios de salvar. Deseo que su omnipotencia hace real. La justicia de Dios es el no apartarse Dios nunca de ser lo que es, es decir, de ser la Bondad infinita y la irradiación infinita de esa Bondad.

La ejecución de la justicia de Dios es mi justificación, mi santificación.

Esa justicia, esa santidad, es la que Dios me da si tengo hambre y sed de ella, es decir, si la pido con fervor, constancia, intensidad, si la pido con fe.

De esta justicia de Dios, de esta santidad de Dios, de esta salvación de Dios, serán llenos-hartos todos los que tengan sed y hambre de ella: todos los que en la oración la conozcan, la amen, y pidan instante, intensa, constantemente.

En mi vacío hay un ansia, un hambre: el ansia de Dios. Ese ansia es la expresión a nivel consciente de mi dependencia óptica de Dios. Mi ser dejado a sí mismo, todo él es insatisfacción. De ahí la importancia del convertirme en anhelo de Dios. Hambre y sed de Justicia.

Por eso Jesús es el Ungido y enviado a: «pregonar el año (la época) de la gracia de Dios, de la donación incontenible y sin límite de Dios» (Is 61,2).

En Jesús Dios proclama amnistía general: amnistía debida, no a mis méritos o esfuerzos, sino a que Dios es bueno y me quiere bien, gratis, espontáneamente. Convertirse es solo decidirse a salir del campo de la propia autosuficiencia para trasladarse al campo de la misericordia de Dios y allí abrirse a sus inmen-

EN MI VACÍO HAY UN ANSIA, UN HAMBRE: EL ANSIA DE DIOS. DE AHÍ LA IMPORTANCIA DEL CONVERTIRME EN ANHELO DE DIOS. HAMBRE Y SED DE JUSTICIA.

... sos deseos de hacernos bien. Es conocer ante el mundo que Dios sigue queriendo hacer maravillas en quien tiene hambre y sed de Él.

Jesús no vino a ofrecer el Reino a los «ya-justos» («saciados» de justicia), sino a los «pecadores» (Mt 9, 13 = Lc 5, 32). La metáfora «hambre y sed de Justicia» puede connotar un matiz de humildad antifarisaica, de convicción de la insuficiencia del solo esfuerzo propio; tales mendigos del pan de la perfección espiritual «serán saciados» por Dios. La «Justicia», el «anhelo de santidad», sin dejar de ser obra, es también gracia.

La equivalencia más evangélica de «Justicia» en sentido dinámico es la fórmula: «hacer la voluntad del Padre que está en los cielos».

María, hambrienta y sedienta de santidad

Tener hambre y sed de justicia es, pues, lo mismo que tener gran deseo de santidad. Deseo profundo y vehemente, ardoroso e íntimo.

María, hambrienta y sedienta de santidad. La santidad consiste en dar y darse todo a Dios, con una entrega total.

Ella es esclava del Señor, propiedad total del Señor.

Había en Ella cosas grandes; pero las había hecho Dios, no Ella. María, toda entregada a Dios, hambrienta y sedienta de

... dárselo todo y de darse toda a Él. María tenía en su corazón los más vivos sentimientos de justicia para con Dios. También hambrienta y sedienta de justicia entre los hombres, sin estridencias ni palabras duras, Ella se pone al lado de los pobres, de los hambrientos y sedientos, de los humildes y humillados, de los impotentes y desvalidos; y se considera uno de ellos.

La Virgen vio saciada su insaciable sed de santidad. Mientras vivió en la tierra tuvo una insaciable y creciente hambre y sed de Dios. Y lo único que puede en la tierra saciar la sed de santidad y amor de Dios... es mayor sed. Sed de mayor amor. «El que tenga sed que venga a mí y beba... Como dice la Escritura, de su seno correrán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-38).

El hambre y sed de Dios que tenía María recibieron como premio la sacramental hartura de las comuniones eucarísticas, alimento de la «esclava del Señor».





Vendremos a él...

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

La consagración a María propicia nuestro encuentro con Dios. Ella anhela nuestra suprema felicidad y nos ayuda a vivir en clave de admiración y acción de gracias el maravilloso misterio de nuestra unión con Dios.

Desde el momento del Bautismo, la Santísima Trinidad ha hecho su morada en el cristiano; sin embargo, la Iglesia nos enseña a invocar constantemente la venida del Espíritu Santo y, por ende, de toda la Santísima Trinidad porque, por su indivisible unidad, donde hay una Persona no pueden faltar las otras.

Pero si la Trinidad está ya en el creyente, ¿cómo puede venir de nuevo? Basta que nos encontremos en estado de gracia para que Dios, presente como Creador, se haga presente como Amigo y nos invite a vivir en su intimidad. Y esta intimidad se hará cada vez más estrecha

y amigable a medida que vaya creciendo nuestra alma en gracia y amor.

Algo así como sucede entre dos personas que, por motivo de amistad, viven en la misma casa: creciendo su afecto, su amistad se hace más intensa; por eso, aunque estaban ya presentes la una a la otra, su presencia recíproca adquiere un aspecto nuevo, el aspecto que tiene la presencia de un amigo queridísimo.

Pero en realidad las Personas divinas están ya presentes en el alma y sus visitas no vienen del exterior, sino de dentro del alma misma donde moran y donde se

le entregan y también, al menos hasta cierto punto, se le revelan, según la palabra de Jesús: «El que me *ame*, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (Jn 14, 21). Es una manifestación interior basada en el amor y reservada al que ama; por medio del amor se da a conocer la Trinidad al hombre del modo más íntimo y personal, y le infunde el sentimiento de su presencia.

Estas visitas se renuevan siempre que, al recibir un sacramento o progresar en el amor, crecemos en gracia y caridad. La promesa de Jesús: «vendremos a él» (Jn 14, 23) nunca se agota.

Por el contrario, cuando se pierde la gracia santificante por el pecado mortal, desaparecen también del alma las virtudes y la inhabitación trinitaria: la pobre alma queda completamente a oscuras y vacía de la vida sobrenatural y todo cuanto haga de bueno en ese desdichado estado no tiene ningún valor meritorio para la vida eterna. No hay ni puede haber catástrofe comparable a un solo pecado mortal.

Este don divino que se nos ofrece con tanta largueza, debe estimularnos a la generosidad. Si no ponemos obstáculos al desarrollo de la caridad y de la gracia en nuestras almas, la Santísima Trinidad no pondrá límites a sus efusiones.

El fin, la meta, lo que anhela Dios, es que lleguemos a la unión con Él, una unión sponsalicia y transformante.

Para eso ha revelado Jesús el misterio trinitario, ha redimido al hombre y le ha hecho partícipe de la gloria de su filiación divina. Para eso antes de ir a la Pasión oró: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (Jn 17, 21). Como Cristo vive en el Padre en la unidad del Espíritu Santo, así el cristiano debe vivir en la Trinidad que mora en él.

A nosotros nos toca aceptar la invitación y realizar esa espléndida vida divina mediante las virtudes teologales. Mientras por la fe creemos y adoramos a la Trinidad presente en nosotros, por la caridad entramos en el círculo de su vida, porque —vale la pena repetirlo— «Dios es amor y, quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él».

Santa Isabel de la Santísima Trinidad, carmelita francesa, vivió de manera experimental este misterio. Ella rezaba así:

«¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme totalmente de mí para establecerme inmutable y plácidamente en ti como si mi alma viviera ya en la eternidad. Que nada pueda alterar mi paz, ni apartarme de ti, oh mi inmutable, sino que, cada momento

“
QUIERO
VIVIR
SIEMPRE
EN TU
PRESENCIA
Y MORAR
BAJO TU LUZ
INFINITA, A
TRAVÉS DE
TODAS LAS
NOCHES,
VACÍOS Y
FRAGILIDADES.
”



Santa Isabel de la Trinidad

de mi vida, me sumerja más profundamente en tu divino Misterio. Pacificad mi alma. Estableced en ella vuestro cielo, vuestra morada predilecta, vuestro lugar de descanso. Que nunca os deje solo, sino que, vivificada por la fe, permanezca con todo mi ser en tu compañía, en completa adoración y entregada sin reservas a vuestra acción creadora.

¡Oh mi Cristo adorado, crucificado por amor! Quiero ser una esposa para tu corazón. Quisiera glorificarte y amarte... hasta morir de amor. Pero reconozco mi impotencia. Por eso te pido que me revistas de ti mismo, que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma, que me sumerjas en ti y que me invadas; que tu ser sustituya mi ser; para que mi vida sea solamente una irradiación de tu propia vida. Ven a mí como adorador, como reparador y como salvador. ¡Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios! Quiero pasar mi vida escuchándote. Quiero permanecer atenta a tus inspiraciones para que seas mi único maestro. Quiero vivir siempre en tu presencia y morar bajo tu luz infinita, a través de todas las noches, vacíos y fragilidades. ¡Oh mi Astro querido! Humíllame con tu resplandor fulgurante de tal modo que ya no pueda apartarme de tu divina irradiación.

¡Oh fuego abrasador, Espíritu de amor! Desciende a mí para que se realice en mi alma como una encarnación del Verbo. Que yo sea para él una humanidad suplementaria donde renueve su misterio.

Y Vos, ¡oh Padre!, proteged a vuestra pobre y débil criatura. Cubridla con vuestra sombra. Contemplad solamente en ella a vuestro Hijo muy amado en quien habéis puesto vuestras complacencias.

¡Oh mis Tres, mi todo, mi bienaventuranza, soledad infinita, inmensidad donde desaparezco! Me entrego a Vos como víctima. Sumergíos en mí, para que yo quede inmersa en Vos, en espera de ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas».

“El alma generosa nunca pone su centro en ella,
sino en Dios y en el otro por Dios”.

(M. M^a Teresa De Simone)

1) Celebración del Primer Sábado de mes con nuestros pacientes: **Una meta: ¡El cielo!** Esta fue la consigna de nuestra querida Teresa, miembro del Reinado de María. Ella había ingresado en el centro sanitario de Oropesa (Cusco) por una fuerte afectación pulmonar y su enfermedad avanzaba cada vez más, causándole fuertes dolores. Teresa luchó y luchó hasta el final. El Primer Sábado quería consolar a la Virgen Santísima, con gran esfuerzo rezó el Santo Rosario y participó con gran amor y devoción en el sencillo acto de desagravio a su Inmaculado Corazón. Al besar la imagen de Nuestra Señora, le dijo con voz suplicante: ¡Llévame contigo al cielo, Madre mía, llévame contigo...! Y la Virgen se la llevó. Esa misma noche, Teresa nos dejó para ir con la Virgen “al cielo” como ella tanto le pidió.



2) Santa Misa del Primer Sábado de Mes en Quilpué (Chile) para consolar y desagraviar al Inmaculado Corazón de Nuestra Buena Madre. **3)** Paso de la Virgen por las calles de Jesús María en Lima (Perú): Todos los sábados salimos con la imagen de Nuestra Señora del Encuentro con Dios en compañía de un grupo de jóvenes y miembros del Reinado de María. Hemos repartido estampas. Es hermoso ver cómo la Virgen va ganando los corazones y las personas se acercan a la Virgen para pedirle con devoción. **4)** Los miembros del Reinado de María de Lima (Perú) se reúnen cada semana para compartir juntos el “Círculo Mariano”, un espacio de formación y evangelización. **5)** Desde la Amapola en Maca (Venezuela) siguen las actividades marianas con los más pequeños de María. Aquí los vemos con piedad y devoción acompañando a Nuestra Señora en las “tardes con María”. **6)** El 20 de enero festejamos a Nuestra protectora la Virgen de la Altigracia (Santo Domingo), salimos por las calles cercanas rezando el Santo Rosario. **7)** Apostolado de Evangelización en los centros hospitalarios de Cusco (Perú). Aquí vemos a una de nuestras misioneras ¡haciendo EL BIEN!

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

